

Las Ideas Metodológicas de Félix Kaufmann

Por Emilio URANGA. Del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional de México.

EL libro de Kaufmann, recientemente publicado por el “Fondo de Cultura Económica”, bajo el título de *Metodología de las Ciencias Sociales*, en excelente versión española de Eugenio Imaz, merece un dilatado comentario por parte de sociólogos y filósofos. Se trata, nos parece, de la mejor exposición que existe en nuestra lengua, del problema de la sociología como ciencia, de las cuestiones metodológicas que suscita y de las soluciones que a lo largo ya, de casi medio siglo, se han ingeniado por proponer ilustres autores. Aunque el libro nos parece fundamentalmente un aporte a la filosofía, el sociólogo lo leerá con interés y hasta con provecho, si como es debido, se preocupa por hacerse claros los supuestos y los propósitos que persigue en su tarea de investigador. No es, la obra de Kaufmann, un libro sencillo. Su impresionante despliegue de análisis filosóficos y de teoría de la ciencia le restará sin duda público, ya que su comprensión requiere una dosis elevada de educación filosófica y científica, y a la vez, una familiaridad en grado altísimo con la abstracción y la terminología especialista de corrientes filosóficas que han dominado y siguen dominando el panorama cultural de habla española.

También conviene insistir en que, a pesar de su densidad y de su hondura, el libro no aporta ningún punto nuevo a la meditación filosófica, y que los especialistas de Hispanoamérica, sobre todo los filósofos, encontrarán que todo lo que expone Kaufmann les era ya conocido, aunque —y en esto consiste su virtud— no estaban desprendidas las ideas metodológicas que expone Kaufmann, de su ganga filosófica general, y por su entreamiento con otros asuntos más vastos no se destacaban nítidamente

y no podían arrojar de sí toda la fertilidad que el autor vienés es capaz de sacar de ellas.

En otras naciones, por ejemplo Francia, el libro sería aún más difícil de comprender porque la temática que maneja es importada de Alemania y como tal, difícil de acomodar en las tradiciones locales.

La cultura española, por influjo sobre todo de José Ortega y Gasset, ha venido asimilando, casi desde principios del siglo, la tradición filosófica alemana, la ha hecho suya, y puede tratarla con una familiaridad que, sin duda, está ausente de otras culturas. Esto por un lado nos da ventajas, pero por otro nos las quita. Si bien podemos comprender la sociología tal y como se la representa el alemán, por otro lado nos enredamos en una unilateralidad y en cierto sentido en una funesta retórica, que se nos pone enfrente y nos impide abordar el estudio de los problemas sociales con espontaneidad y cierta dosis de pragmatismo, ya que los presupuestos teóricos son tan densos y tan desproporcionados en relación con nuestra precaria contribución a los temas sociológicos, que acaban por disolver nuestras investigaciones en puros proyectos, sin dejarlos llegar a una realización más modesta sin duda, por no venir amparada por un respaldo filosófico, pero más fecunda, por servirnos de inmediato como punto de referencia para resolver cuestiones de primera importancia en nuestra vida pública.

En el libro de Kaufmann no se alude, sino de pasada a doctrinas extra-alemanas. Es un producto neto de la cultura de habla alemana, de sus problemas, de sus tradiciones, de sus estilos de investigación. Desde este punto de vista nos parece particularmente peligroso y a la vez sugestivo. Peligroso porque encierra en una elaboración muy apretada, en una sistematización de la que nada escapa, las ideas sobre la ciencia social, y predispone por tanto e invita incluso, al encierro académico dentro de una tradición muy determinada. Sugestivo porque nos hace ver cuál debe ser el balance que de nuestra cultura filosófica hemos de hacer, y qué puntos de vista para la sociología se desprenden de aquella filosofía.

Señalamos la circunscripción del libro a la tradición alemana porque es un rasgo absolutamente definidor de sus alcances. Como antes decíamos, esa tradición nos es familiar, y como tal, puede ayudarnos a aclarar lo que como investigadores de la sociología podemos esperar. Pero si bien es cierto que no debemos desdeñar nuestro adiestramiento en aquellos temas tampoco debemos dejarnos llevar de una admiración sin límites, y sobre todo de un espíritu de exclusión, que nos haría ver en esta tradición la única fuente de ideas sobre la sociología.

El libro consta de dos partes, la primera dedicada a discutir los temas generales de una teoría de las ciencias, la segunda a plantear, y en lo posible solventar, la pugna de métodos que se dan en las ciencias sociales.

En la primera parte merece especial mención el tratamiento detalladísimo que da Kaufmann de la estructura de la ciencia y de la filosofía. Como anuncia en su prólogo las ideas filosóficas no son puramente las fenomenológicas. Al lado de ellas la corriente neo-kantiana figura aportando sugerencias muy importantes, y las elaboraciones de la escuela de Viena, junto con el pensamiento de Hans Kelsen y Ludwig Mises aportan importantes elementos a la filosofía que sostiene Kaufmann.

La posición del sociólogo vienés es, filosóficamente hablando, un idealismo. De acuerdo con sus tesis el ser, no es nunca una cosa dada (*gegeben*) sino más bien una cosa propuesta (*aufgegeben*). Esto quiere decir que, cualquier hecho o fenómeno, está mezclado inevitablemente con presuposiciones teóricas, no hay hechos puros, hablando con rigor, sino hechos más o menos enlazados con teorías. El empirismo y el racionalismo son igualmente falsos porque, por un lado se supone que nos es dado un punto de partida desprovisto totalmente de elaboración teórica y, por otro, que la teoría puede constituir por sí sola un aspecto de la realidad. Kaufmann utiliza esta idea para combatir las pretensiones de los que ven en la sociología una ciencia de puros hechos, al estilo de ciertas corrientes norteamericanas, y a la vez, para negar toda validez a las construcciones apriorísticas que sufren la ilusión de adueñarse de la realidad social con una trama de puros conceptos.

La idea del ser como algo propuesto, esto es, como algo nunca agotado, le sirve también a Kaufmann para intentar una crítica al positivismo, tanto en la ciencia natural como en la ciencia social.

De acuerdo con el positivismo más reciente, y con el llamado "operacionalismo" que goza de tanto prestigio en la filosofía de la ciencia que se cultiva en Norteamérica, el investigador debe emplear conceptos ligados a la experiencia, en tal forma, que traduzcan aspectos observables de ésta, desdénando todo aquello que vaya más allá de lo experimentable. Todo cambio en una ciencia, todo nuevo descubrimiento, supone una crisis de su sistema de conceptos; el avance se interpreta por el positivista como un abandono de las teorías, como una reelaboración de todas las categorías conceptuales que antes de las nuevas experiencias eran vigentes. Kaufmann objeta que la ciencia utiliza conceptos auxiliares, no ligados directamente a un conjunto preciso de experiencias. Así, por ejemplo, el concepto físico de átomo es más amplio que el concepto químico de átomo. Y sin em-

bargo, la idea de átomo ha surgido de operaciones químicas, y si fuéramos a ser consecuentes con el credo positivista no debiéramos haber extendido la noción de átomo a la física, sino dejarlo confinado a su ámbito de origen. En verdad esto no ha sucedido, y un concepto que primeramente es utilizado por una ciencia o por un sector de la ciencia, es más tarde llevado a otras ciencias como concepto auxiliar, como hipótesis fecunda. La polémica que tiene Kaufmann con el positivismo es de sumo interés para la sociología porque demuestra que si bien sus conceptos se han de formar atendiendo a lo experimentable, no deben limitarse a ser meros registros de esos aspectos de la experiencia, sino también a dejar abierta la puerta a nuevos elementos que vendrán a injertarse en los anteriores y a dibujar así una aprehensión conceptual más fina y apretada. Porque lo que Kaufmann preconiza es, en verdad, un empirismo pero no al viejo estilo sino modificado y enriquecido y, sobre todo, purgado de sus tradicionales prejuicios. Nada puede decirse acabado, todo cambia, todo transcurre, el ser futuro nos señala algunos caminos que ha de recorrer, pero otros nos los oculta, los conceptos han de ser dúctiles, acomodables, sinuosos, para que puedan ir recibiendo los nuevos aspectos de la realidad que se patentizan con el transcurso del tiempo. El positivista por el contrario piensa que la ciencia, en cada uno de sus pasos, destruye toda la arquitectura conceptual anterior y levanta una nueva. Pero lo justo es decir que los conceptos han de ser ampliables y no rígidos, han de estar dotados de huecos, de lugares vacíos, indeterminados que la experiencia rellenará. La sociología es particularmente capaz de entender lo que aquí sugiere Kaufmann, pues más que en otra ciencia, juega papel en ella el devenir, la historia, y obliga al investigador a conceptualizar la realidad en forma abierta dejando campo siempre a nuevas determinaciones.

En esta introducción general, filosófica, Kaufmann nos da también una sugestiva teoría del a priori. De acuerdo con la epistemología tradicional, las proposiciones a priori son verdaderas, universales y necesarias, o en la tesis empirista, proposiciones experienciales de matiz muy general. Al lado de ellas, en la filosofía de las ciencias de los últimos tiempos figura la doctrina *convencionalista*, que hace de las proposiciones a priori meras definiciones, o fijaciones acerca del uso de determinados términos. Así, por ejemplo, que los ángulos de un triángulo sumen 180° , significa, para el apriorista de buen cuño, una verdad eterna, que no variará nunca, y que está más allá del arbitrio humano. Para el empirista la proposición significa que hasta ahora hemos descubierto que los triángulos suman en sus ángulos 180° , pero el futuro puede depararnos sorpresas, esto es,

triángulos cuya suma de ángulos sea mayor o menor que 180° . El convencionalista en cambio nos dirá que hemos acordado entender por triángulo una figura cuya suma de ángulos sea 180° . Kaufmann propone una teoría del a priori que toma elementos a la vez del empirismo y del convencionalismo. El empirista tiene razón cuando nos dice que las proposiciones a priori tienen algo que ver con la experiencia, pero no sabe precisar cuál es esa relación con la experiencia; el convencionalista, por su parte, extrema el elemento arbitrario de las definiciones; no podemos, como quisiera el convencionalista, definir sin tomar en cuenta la experiencia. Las esencias son definiciones esto es, fijación del uso de los términos, pero esta fijación nos la sugiere la experiencia. Lo que no nota el empirista es ese acto de suspensión que hacemos cuando nos proponemos definir. Una teoría científica puede ser una definición, esto es, determinar en qué sentido vamos a emplear un término o un conjunto de términos. Por otro lado el apriorista tiene también su parte de razón pues las definiciones no pueden ser ni refutadas ni confirmadas por la experiencia, y en consecuencia no se invalidan con nuevas observaciones, lo único que se hace es abandonarla cuando su función ordenadora no es ya efectiva. En sociología la teoría que propone Kaufmann es de gran utilidad. Así cuando se habla del Estado, el apriorista buscaría de inmediato la "esencia" del Estado, y el empirista o positivista, los rasgos más generales que la experiencia histórica nos arroja como notas constitutivas del concepto de Estado. Kaufmann sostendría que hay que partir de una definición del Estado, inspirada por la experiencia, pero que a partir de la fijación del sentido del término Estado no tiene ya alcances o poderes para refutarla o comprobarla. Se trataría de la fijación, sugerida por la experiencia, del término Estado, que quedaría en la base de toda investigación futura, y que, hasta que la experiencia no sugiera otra definición más adecuada, es irrefutable o no es alcanzable por argumentos surgidos de una experiencia anterior a la definición propuesta.

Pero, dejando ya, por falta de espacio, la discusión de los conceptos filosóficos de Kaufmann, abordamos de inmediato la médula misma de sus ideas metodológicas, esto es, sus pensamientos acerca del debate de las ciencias sociales.

Como es sabido, la metodología de las ciencias sociales presenta una serie de "dicotomías" al parecer irreductibles, para servirnos de la expresión del maestro Medina Echavarría, tales como ciencia natural, y ciencia

cultural, ciencia de leyes, y ciencia de hechos singulares, ciencia psicológica, y ciencia de "sentido", etc.

Este debate en torno a la naturaleza científica de la sociología, se persigue desde hace mucho tiempo. Kaufmann parte de la convicción de que tal debate puede ser ya clarificado, y de que ha llegado el momento de una decisión.

En verdad el libro que comentamos intenta, por un lado, definir precisamente, el "estado de la cuestión", y por otro apuntar el camino de una posible solución.

Kaufmann plantea con toda precisión los extremos de la disputa acerca del carácter científico de las ciencias sociales. La primera se refiere a la dicotomía entre ciencia natural y ciencia cultural, o ciencia del espíritu. "¿Existen junto a las ciencias naturales, ciencias del espíritu o es esta división un síntoma nada más de la etapa poco evolucionada en que se encuentran todavía las llamadas ciencias del espíritu, una etapa a la que caracteriza que los conocimientos exactos ausentes son reemplazados por construcciones especulativas?"¹

Esta dicotomía es célebre, y ha dado origen a una corpulenta literatura exegética, que, en lengua castellana, en traducciones, es, en verdad, imponente. Recordemos los escritos de Rickert, Windelband, Dilthey, íntimamente enlazados con este problema, y que se encontrarán fácilmente en ediciones españolas. La oposición entre ciencias naturales y ciencias del espíritu, sólo tiene vigencia en la tradición alemana. "No se ha planteado, ni menos discutido con igual rigor, en la tradición científica anglofrancesa. Sólo por la asimilación cultural de tendencias y escuelas extranjeras es por lo que este problema tiene carta de naturaleza en la producción filosófica y científica en lengua española"² dice, con toda justicia el maestro Medina Echavarría.

Kaufman empieza la discusión recordando que, para algunos pensadores, la sociología sólo sería ciencia si se ajustara a los métodos que rigen en las ciencias de la naturaleza. El método determina los objetos, y fuera de estos objetos de la ciencia natural, no hay nada, o, si lo hay, pertenece a lo subjetivo y variable. De acuerdo con el behaviorismo sólo hay conocimiento objetivo de los objetos del mundo exterior. "Mientras los fenómenos del mundo exterior pueden ser observados de la misma manera

1 F. Kaufmann. *Metodología de las Ciencias Sociales*. p. 168.

2 Medina Echavarría. *Sociología: Teoría y Técnica*. Primera edición. Fondo de Cultura Económica. p. 36.

por todos los hombres normales, nadie tiene acceso al alma o al espíritu de otro yo.”³ Si la sociología pretende categoría de ciencia su punto de arranque ha de ser la “conducta humana exterior” y sus condiciones determinantes de naturaleza biológica y fisiológica.

El segundo argumento que se hace valer en contra de un pensamiento que no se ajuste a las exigencias de la ciencia natural insiste en que la exactitud, esto es, el rigor cuantitativo, característico de la verdadera ciencia, sólo puede ser logrado echando mano de los métodos físico-matemáticos.

Frente a estas proposiciones del naturalismo hállanse las del culturalismo formuladas, en su manera más tajante por la escuela neo-kantiana del suroeste alemán, la escuela de Windelband y de Rickert. De acuerdo con estos pensadores hay dos clases de ciencias, las que buscan leyes (nomotéticas) y las que conceptualizan lo individual (ideográficas). “El objeto de las ciencias nomotéticas es llegar a proposiciones tan generales como sea posible. Por el contrario, el fin que persiguen las ciencias ideográficas consiste en la selección y resalte de hechos particularmente significativos, determinándose la naturaleza de esta significación por el concepto de ‘referencia a valores.’”⁴

Caracterizados brevemente, el naturalismo y el culturalismo, Kaufmann inicia la discusión, señalando que es preciso distinguir entre las afirmaciones de cada uno de esos métodos y sus pretensiones de validez, esto es, distinguiendo, por un lado lo que surgieren aquellas posiciones, y por otro el ámbito de circunscripción a que deben quedar limitadas. Los errores provienen de querer abarcar todo el campo de la experiencia con un método exclusivamente.

El naturalismo, en lo que toca a sus pretensiones de objetividad ofrece dos variantes, el behaviorismo, y el fisicalismo. Al primero le presta Kaufmann poca atención. Es una escuela, que, si no está superada, por lo menos está depurada, y refinada en la forma más reciente del behaviorismo, el llamado fisicalismo, con su representante más ilustre Otto Neurath. “Toda cuestión que no se pueda expresar en el lenguaje de la ciencia carece de sentido y es, por tanto, metafísica. A este punto de partida se añade, como afirmación fundamental, que ‘todo lo que nos es dado en las ciencias reales, sólo puede ser física’. De ahí el nombre de fisicalismo. La sociología, como

3 F. Kaufmann. *Op. cit.* p. 171.

4 F. Kaufmann. *Op. cit.* p. 175.

ciencia real, está sujeta al mismo principio. Lo mismo que las ciencias naturales tratan a los animales, plantas y piedras que forman parte de su objeto, así trata el hombre la sociología. Esta es en realidad 'behaviorismo social', o teoría de la conducta en su sentido más amplio".⁵

A Kaufmann le parece que "el nervio de la argumentación del fisicalismo"⁶ radica en el análisis del *sentido de las proposiciones*, que a su vez se determina por proposición de control que son experiencialmente estatuidas. En otras palabras toda proposición de contenido psicológico es reducible, o controlable, por una serie de proposiciones de contenido físico. Todo lo que escapa al control de proposiciones físicas pertenece a la metafísica.

Dada una proposición psicológica, puede demostrarse su equivalencia con una serie de proposiciones físicas, esto es, proposiciones que traducen propiedades espacio-temporales. La discusión de Kaufmann, y más bien su objeción, se inicia señalando que las proposiciones de control de que se sirven los fisicalistas no son proposiciones de contenido puramente físico sino que llevan mezcladas ciertas significaciones psicológicas, lo que les resta, indiscutiblemente, mucha parte de la excelencia que se imaginan poseer. Cuando se argumenta en contra de la introspección, se insiste en verdad más en sus extravíos que en sus posibilidades. No podemos penetrar directamente en el alma ajena, pero sí nos es dable concluir, por analogía, lo que acontece en el interior de un hombre, y tal proceder no difiere, en buena parte, del que empleamos cuando, a partir de datos sensoriales deducimos la existencia de objetos que no nos son directamente accesibles, como los átomos de la ciencia física. Esto no quiere decir, claro está, que se trate de dos cosas exactamente iguales, pero sí de cosas semejantes. El átomo no nos es accesible por dificultades técnicas, pero el alma nos es inaccesible por imposibilidades de principio. Cuando los fisicalistas hablan de la equivalencia entre proposiciones físicas y proposiciones psicológicas, ya han concebido, hipotéticamente, una equivalencia entre lo psicológico y lo físico que a su vez hacen valer como objeción en contra de una ciencia introspectiva. No podría concluirse la equivalencia sin un criterio previo que nos permita decir cuándo sabemos de cierto que a una proposición corresponde el contenido de otra, esto es, cuándo de un hecho físico podemos pasar a un hecho psicológico, y declarar que en todos los casos, por lo menos hipotéticamente, estarán unidos o determinados unívocamente.

5 Medina Echavarría. *Op. cit.*, pp. 40-41.

6 Preferimos el término fisicalismo, y no fisicismo como traduce el señor Imaz, por ser más familiar.

Al fondo de la argumentación fiscalista existen todavía los viejos prejuicios empiristas. Así se sigue concibiendo que hay datos puros, datos determinados con toda exactitud, proposiciones referentes al mundo espacio-temporal, que luego se utilizan como criterios para juzgar proposiciones referentes a otros ámbitos de la experiencia. Además el prejuicio de la medida, de la exactitud, sigue siendo invocado por los fiscalistas con la misma animosidad que sus antecesores empiristas.

Un instrumento de medida, un galvanómetro, digamos, no es un hecho puro. La aguja no nos señala nada inteligible, sino que nos propone un problema, una cuestión a resolver. Para que cobre sentido la indicación del galvanómetro nos es menester introducir la teoría, el criterio de interpretación. Y generalmente se supone, con una ignorancia total del proceder científico, que el hecho puro es ya la ciencia misma. En verdad se pasa de la indicación puramente sensorial al contenido físico, y de aquí se vuelve nuevamente, ayudado por hipótesis, al dato sensorial, para darle una significación más completa y sobre todo inteligible.

Los dos prejuicios que señalábamos al principio de nuestra discusión, la objetividad y la pretensión de exactitud, siguen pues operando en el fiscalismo. La posición más correcta sería decir que el fiscalismo trata de sugerir a la sociología una mayor objetividad y una mayor exactitud en sus datos y conceptos, pero que en modo alguno puede pretender, a nombre de esa sugerencia de perfeccionamiento, suplantar los métodos de la sociología, su manera de conceptuar. Lo que sí queda definitivamente invalidado es el prejuicio de la distinción tajante entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu. Las ciencias de la naturaleza no monopolizan la exactitud y la objetividad, gozan de ellas en mayor grado pero no exclusivamente. La vieja dicotomía pierde todo su sentido cuando se repara en que no hay una diferencia esencial entre los métodos de las dos ciencias sino una diferencia de grado. En lo que toca a la exactitud hay que insistir en que la ciencia natural la conquista a condición de manejar pocos parámetros, esto es, pocos datos, pocas variables. El beneficio del experimento no radica sino en la relativa capacidad de aislar un campo de experiencia, cosa perfectamente factible en sociología. Si la ciencia natural es más exacta que la social esto no se debe a una diferencia de consistencia teórica sino sencillamente a que su ámbito de experiencia, su grado de abstracción, es más alto que el de las ciencias sociales.

El segundo problema que suscita la metodología de las ciencias sociales se refiere a las relaciones entre la ciencia del espíritu y la psicología.

Como es sabido en los primeros tiempos de la metodología de la ciencia del espíritu, en los tiempos de Dilthey, se discutía con mucho apasionamiento la cuestión de, si fuera de la psicología, se podría dar otro fundamento a las ciencias del espíritu. Dilthey se resolvía por la negativa, y establecía que si no se daba un fundamento psicológico a las ciencias del espíritu, caerían en brazos de la metafísica. De entonces acá han cambiado mucho las cosas. Sobre todo a partir de la célebre refutación de Husserl al psicologismo se ha venido comprendiendo que la fundamentación psicológica no es en verdad la única que puede asegurar solidez a las ciencias del espíritu, y que, en modo alguno, no dándoles un fundamento psicológico, se las abandona a la metafísica.

Actualmente la discusión entre psicología y ciencia social está centrada en torno a ciertos conceptos claves tales como los de *sentido*, *conexión de sentido* y *comprender*. Estos conceptos no tienen una significación unívoca, sino típicamente multívoca, lo que da origen a frecuentes e inacabables discusiones. El capítulo que Kaufmann dedica a este segundo problema de la metodología de las ciencias sociales, es en considerable proporción, un intento de definir precisamente aquellos conceptos, de reconstruir racionalmente su significación precisa, y de tenerla presente siempre que se trate de abordar disputas sobre los problemas a que dan origen.

Primero la expresión sentido y conexión de sentido. Primordialmente la palabra sentido alude al conjunto de actos mentales que se mezclan a un objeto, o a un bien o útil. La relación entre el objeto y los actos mentales con él enlazados la llama Kaufmann relación sintomática y la describe de esta manera: "un hecho H se llama síntoma de un hecho H' cuando de la presencia del primero se pueden sacar conclusiones acerca de la presencia —pasada, actual, futura— de H'. Que se puede sacar estas conclusiones no quiere decir otra cosa sino que existen entre H y H' una relación real, una conexión empírica".⁷

Cuando hablamos de sentido nos referimos al hecho H', juzgamos de él, apoyándonos para ello en el hecho H. A semejante juicio se le llama interpretación del primer hecho. El paso de uno a otro de los hechos no es una operación sencilla. Es menester para realizarla manejar ciertas suposiciones o hipótesis, que nos sirven como hilos conductores, y que Kaufmann llama *esquemas interpretativos*. Ahora bien las interpretaciones se hacen por lo general sin esclarecer los esquemas interpretativos que

7 F. Kaufmann. *Op. cit.*, p. 201.

le sirven de base y esto da lugar a muchas oscuridades. La tarea del investigador es en cada caso demostrar por qué de un hecho pasa a una interpretación determinada, y sobre todo justificar esta interpretación con algún género de prueba.

No siempre se puede ir de un solo hecho a su interpretación sino que generalmente se conjugan dos o más hechos, o síntomas, para alcanzar su causa o interpretación justa. A esto es a lo que llama Kaufmann conexión de sentido.

Ejemplifiquemos, para hacer concretas las ideas, brevemente. A toda acción humana se enlaza indudablemente un proyecto, es decir, subjetiva y objetivamente ha sido motivada por un plan o propósito. "El proyecto, como pensamiento puro, es lo propiamente psíquico en el proceso psicofísico que llamamos obrar, y el 'sentido del proyecto' 'constituye el sentido de la acción' la palabra 'sentido' tiene que ser empleada con su significación nuclear, según la cual se habla del 'sentido de un acto mental'. Este sentido del proyecto se designa como sentido subjetivo de la acción. Es el 'sentido que el autor enlaza a su acción' (Max Weber) o, más exactamente, el sentido por el que el autor orienta su acción."⁸

Como antes decíamos la interpretación de este sentido de las acciones no es una tarea sencilla. Ciertas condiciones ayudan a la interpretación, pero otras la dificultan y a momentos la hacen casi imposible. Hay una gradación de dificultades en la aplicación de los esquemas interpretativos. Pero lo más importante no es la mayor o menor posibilidad de la interpretación sino la substitución de una interpretación puramente subjetiva por otra objetiva. En el ejemplo antes aducido se trataba de una interpretación subjetivista. Pero en sociología esta nos ayuda muy poco. La cuestión, como dice Kaufmann, no es la de saber qué intenciones o qué designios enlaza una persona particular a sus acciones sino, más bien, cómo es interpretada esta acción por los hombres que le rodean, por los vecinos o coetáneos. Así se substituye el sentido subjetivo de la acción, pertenencia únicamente de la psicología, por el sentido objetivo de la acción, tema de la sociología. Para que pueda ser interpretada una acción desde un punto de vista objetivo es menester conocer con toda precisión cuáles son las reglas de interpretación dominantes en el medio experiencial en que se ejecuta la operación interpretativa. Por eso habla Kaufmann de "la necesidad de completar el concepto de sentido objetivo con la indicación del

8 F. Kaufmann. *Op. cit.*, p. 204.

sistema interpretativo correspondiente".⁹ Pues una acción humana nunca se encamina exclusivamente al propósito único de alcanzar un fin sino que se propone realizar varios fines, y fines colocados unos detrás de otros, jerarquizados, lo que impone al investigador la tarea previa de ponerse de acuerdo sobre la tabla de fines vigentes en el trozo de historia que se propone estudiar.

Hasta aquí hemos empleado el término de interpretación, evitando cuidadosamente echar mano del concepto de comprensión, justamente por la multivocidad con que viene amparado. Pero ahora podemos ya declarar que en buena parte el sentido de la comprensión es el mismo que el de la interpretación. El paso del síntoma a su interpretación comprensiva, se estima generalmente como proceso irracional, lo que da a las ciencias sociales cierto cariz de arbitrariedad y una situación, muy poco favorable, de sus resultados frente a los de la ciencia natural. Sin embargo hay que observar que también en la ciencia natural juega su papel cierta dosis de irracionalidad. Muchos teóricos de la ciencia se han imaginado que el proceso de descubrimiento sigue normas perfectamente lógicas y racionalmente cristalinas, lo cual no es verdad. Henri Poincaré nos ha conservado una serie de valiosas observaciones sobre el proceder del pensamiento matemático, que dejan ver, sin lugar a dudas, cuánto papel desempeña en él, la imaginación, la fantasía e incluso la adivinación a tientas. Pero en sociología se ha cometido el error de elevar la imperfección del conocimiento interpretativo a fuente autónoma de conocimiento, oponiéndola al conocimiento derivado de la lógica. Lo cual es, sin duda, una extrapolación ilegítima. El comprender o el interpretar, no es un método *sui generis* de conocimiento, sino un conocimiento de tipo psicológico, sujeto a imperfecciones y ajeno por completo a la exactitud que funciona como ideal en las ciencias de la naturaleza. Pero hablar de psicología no es en modo alguno hablar unívocamente. No hay una psicología, sino muchos métodos psicológicos. Cuando se dice que la relación entre métodos psicológicos y los métodos de las ciencias sociales es una relación de subordinación de los segundos a los primeros, se acierta. Pero, en cada caso, hay que señalar a qué tipo de psicología se pretende subordinar la interpretación de la acción social. Además el conocimiento que nos procura la sociología no descansa únicamente en el estudio de la experiencia interna sino también en el análisis de la experiencia externa.

9 F. Kaufmann. *Op. cit.*, p. 207.

El núcleo, el centro del conocimiento de los hechos sociales lo constituye la interpretación o comprensión de la acción ajena, de la acción del prójimo. Esta interpretación va de los síntomas a las causas, pero el paso de unos a otras se opera por una vía que no es *sui géneris*, sino que aprovecha los conocimientos obtenidos de hechos físicos y de hechos psico-físicos. Mientras se estime a la psicología como ciencia de los hechos intramentales, la sociología es independiente de ella, pero como la psicología es, en la actualidad, investigación no sólo de hechos intramentales sino también objetivos, la relación entre psicología y sociología parece definirse como subordinación de la sociología a la psicología. Lo que diferencia a la sociología de la psicología no está por tanto en el método de interpretación de la conducta ajena, sino en la forma en que esa conducta es elaborada conceptualmente. En la sociología la formación de los conceptos, a diferencia de la psicología, se opera desde puntos de vista "historicistas", y de "referencia axiológica".

Como señalabamos en nuestra explicación del concepto de sentido y de conexión de sentido, la comprensión sociológica no puede hacerse si no se señala previamente el marco de referencia axiológica desde el cual se interpretan los hechos sociales. Cualquier fenómeno social, una vez interpretado, deja ver, indiscutiblemente, el punto de vista del investigador, su tabla de valores. Esto es inevitable. De aquí se han derivado objeciones en contra de la ciencia social, y se ha pretendido contraponer una llamada ciencia normativa a otra ciencia puramente del ser. Kaufmann opina que el conocimiento de los valores, y en consecuencia de las normas, no es una vía peculiar de conocimiento, sino una indicación de conocimiento del ser. Sus investigaciones tienden a borrar la diferencia tajante entre conocimiento de lo que es y conocimiento de lo que debe ser. No hay ciencias normativas contrapuestas a la ciencia del ser. Lo que acontece es que en las ciencias naturales los fines de la investigación están claramente declarados, mientras que, en las ciencias sociales, los propósitos son oscuros, o son propósitos que no corresponden a la declaración expresa, pretendidamente objetiva, de sus cultivadores.

En las ciencias sociales se impone la precisión o indicación clara del sistema de fines que como referencia adopte el investigador. Una vez hecha esta referencia la investigación puede proseguirse con métodos que todos calificarán de objetivos. Toda la discusión en torno a la naturaleza normativa de la sociología se reduce en definitiva a la teoría de los esquemas inter-

pretativos, de los tipos de valoración, de que antes hemos hablado. No hay comprensión de la acción ajena sin un esquema interpretativo. La sociología, como tal, es teoría de los esquemas interpretativos, la sociedad es un campo de experiencia en que se aplican determinados esquemas interpretativos. No hay diferencia de elaboración frente a otra ciencia como la psicología y la historia. Todas operan manejando esquemas interpretativos.

Pero lo que da su matiz al conocimiento sociológico es la importancia que en él juega la historia. El hecho histórico es el hecho referido a valores, y como antes indicábamos no hay investigación social que pueda eludir esta exigencia. El reconocimiento de tal exigencia ha orillado a un escepticismo que en su forma más aguda lo representa el historicismo. "La tesis historicista fundamental según la cual la investigación científica de lo social lo mismo en el planteamiento del problema, en su elaboración que en su solución se halla condicionada por la *posición del investigador*, se ha presentado en la doxografía en fases distintas".¹⁰

De acuerdo sobre todo con Mannheim, el pensamiento sobre la realidad histórico-social se halla influido decididamente por factores inconscientes, en los que figura principalmente la posición social. Pero este escepticismo es, en verdad, evitable ya que, como piensa Kaufmann, "puede que resulte imposible, para un investigador, debido a su vinculación a una determinada esfera existencial, que su vista alcance a ciertas conexiones o que pueda liberarse de ciertos supuestos implícitos, pero si se le señala el camino paso a paso será capaz de andar por él si posee las cualidades que caracterizan a un pensador."¹¹

Antes de abordar, como paso final, el estudio de la conceptualización en las ciencias sociales, queremos resumir lo que hasta aquí llevamos dicho. Lo que nos ha enseñado Kaufmann, en primer lugar, es que no hay una distinción tajante entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, en segundo lugar que, en las ciencias sociales, es imposible prescindir de la psicología, esto es, de la experiencia interna, pero también que el conocimiento comprensivo no es una fuente autónoma de conocimientos, sino la misma fuente que nutre a la ciencia natural, pero peculiarizada en el caso de la ciencia social por la influencia preponderante de la situación histórica, y en último lugar que el conocimiento normativo no es independiente del conocimiento del ser.

10 F. Kaufmann. *Op cit.*, pp. 258-59.

11 F. Kaufmann. *Op. cit.*, p. 265.

No hay razón alguna que nos impida, en nuestra investigación sobre los conceptos de las ciencias sociales, prescindir de la teoría general filosófica sobre el a priori, que en la primera parte de nuestro comentario esbozamos suscintamente. Allí decíamos que las “esencias” no son seres trascendentes, habitantes del cielo empíreo de Platón, sino definiciones sugeridas por la experiencia. Kaufmann reanuda en su capítulo sobre los “Conceptos de las Ciencias Sociales” aquella línea de pensamientos. “El análisis cuidadoso de los conceptos de las ciencias sociales —dice— pone en claro que el supuesto de realidades sociales o de esencias ideales sociales que serían independientes, en el sentido de que les corresponderían unas fuentes de conocimientos específicas, que trascenderían la experiencia física y psicofísica, es cosa rechazable en absoluto: pero, por otro lado, habrá que reconocer que les corresponde aquella autonomía que posee un producto de la abstracción frente a la experiencia ejemplar que constituye el punto de arranque para tal abstracción. La tarea fundamental de un análisis de la *formación conceptual en las ciencias sociales* reside, por lo tanto, en la indicación de esos puntos de arranque empíricos y de cuáles sean los elementos de las experiencias correspondientes que deben ser conservados como productos de la abstracción, es decir, como invariantes.”¹²

En todo juicio, en sentido lógico, se dejan a un lado, como insignificantes para el sentido del juicio, las indicaciones respecto de quién, cuándo y dónde se enuncia ese juicio. Así cuando enuncio el juicio dos y dos son cuatro, es indiferente, para su verdad, que señale en qué momento hago el juicio, quién es el que hace el juicio, es decir, mi biografía no tiene por qué intervenir para dar validez a la ecuación matemática, y finalmente en qué lugar, en qué nación, o en qué ciudad enuncio la proposición matemática. De la experiencia se seleccionan algunos rasgos invariantes, que se convierten en tema del concepto, y a los demás elementos de la experiencia se les deja a un lado como insignificantes.

Kaufmann ejemplifica la formación de un concepto de la ciencia social analizando la definición de acción social, de relación social y de sociedad de acuerdo con Max Weber. El análisis consiste en enunciar el concepto, en este caso el concepto de acción social, y en investigar qué elementos de la realidad, de la experiencia ha convertido ese concepto en temáticos, en significativos, y qué elementos deja de lado, sin prestarles aten-

12 F. Kaufmann. *Op. cit.*, p. 268.

ción, o más bien, sin que, por definición, esos elementos tengan que ver con la noción de acción social.

Más adelante nos da Kaufmann una ilustración concreta de concepto social. “*Empieza* una partida de tresillo en cuanto comienza un comportamiento de los tres hombres orientado por las reglas del tresillo y, por lo tanto, interpretable con ayuda de esas reglas, y *termina* tan pronto como este comportamiento se suspende —la mayoría de las veces pero no siempre— de acuerdo con las reglas del juego. Los tres personajes son jugadores *actuales* solamente en la medida en que su comportamiento se puede interpretar por las reglas del tresillo, que, por definición, representan un invariante frente a todas las variaciones en las personas de los jugadores y frente al lugar y al tiempo del juego. Pero no hay que interpretar este hecho cognoscitivo como si las reglas del tresillo fueran esencias transpersonal y transtemporalmente ideales que se realizan con ocasión de cada partida de este juego, sin que queden afectadas por esto en su ideal ‘ser en sí mismas’. Antes bien, el conjunto de estas reglas, como conjunto de contenidos significativos, es —como todo ‘sentido’— sentido *mentado*, ahora que, en su utilización como esquema interpretativo, pueden quedar indeterminados los datos ocasionados de esta ‘mención’”.¹³

El concepto pues, en las ciencias sociales, es un esquema interpretativo, un conjunto de reglas que nos permiten comprender el comportamiento humano, y que nos dan el hilo conductor para dotar de sentido a las acciones sociales. Sin los conceptos la realidad nada nos diría. Pero el concepto nos pone sobre la pista de una interpretación coherente del comportamiento ajeno, es, por ende, un instrumento, aunque hay que cuidar que la palabra instrumento, no degenera en su inaceptable significado vulgar. El concepto no tiene fuerza para alterar la experiencia, no es una máquina que nos permita transformar el mundo de la acción social, es un ensér puramente mental que orienta nuestra comprensión y nos procura interpretaciones adecuadas a nuestro sistema de fines o de valores.

En la formación del concepto hay desde luego una arbitrariedad, porque, ante la experiencia que se pretende acotar conceptualmente, se ofrecen múltiples perspectivas y el investigador ha de seleccionar los aspectos que, en sus conceptos, queden como invariantes, y cuáles como insignificantes. Finalmente no debe olvidarse que en la formación de los

13 F. Kaufmann. *Op. cit.*, p. 273.

conceptos sociales la historia tiene un papel inmenso, no hay concepto social sin relleno histórico.

Los capítulos finales de la obra de Kaufmann se dedican a elaborar un análisis metodológico de ciertas teorías sociales, como las de la utilidad marginal en economía y la teoría pura del derecho. En estos capítulos podrá verse la gran fecundidad con que Kaufmann es capaz de manejar las ideas antes establecidas para resolver espinosas cuestiones de ciencias sociales particulares, como el derecho y la economía.